

llama con la campanita que te he dado, y no te arrepentirás de haber sido servicial con el buen pueblo.

Apénas habia dado el hombrecillo sus órdenes á Matilde, cuando sorprendida ésta, notó que la tierra que tenia delante de sus piés, brillaba como oro derretido, sumiéndose gradualmente, hasta que en este abismo reluciente desapareció aquel ser como una estrella de plata. El fenómeno todo duró solo algunos segundos, y despues cada cosa quedó como ántes. Unicamente la campánula aseguró á Matilde de que no soñaba, y que algo inusitado habia sucedido.

Con estos sentimientos llevó la comida á su padre, encontrándolo en efecto enteramente dormido bajo la muralla de roca. Nada dijo ella de su aventura; pero llevaba bien asegurada en el seno la prenda de su hombrecillo. No obstante, ¿cómo seria posible que perseverase en su silencio? Es cierto que Matilde no sabia si le seria permitido comunicar el incidente. A pesar de eso, descansó en su prenda; y pues no se le habia prevenido el silencio, esperaba justificarse de dar á conocer á Alberto lo que le habia acontecido.

Temerosa y temblando, lo hizo así, y manifestó en prueba de ello á su atónito amante la flor, que con el calor de su seno, se habia marchitado. Cosa muy singular; la sa-

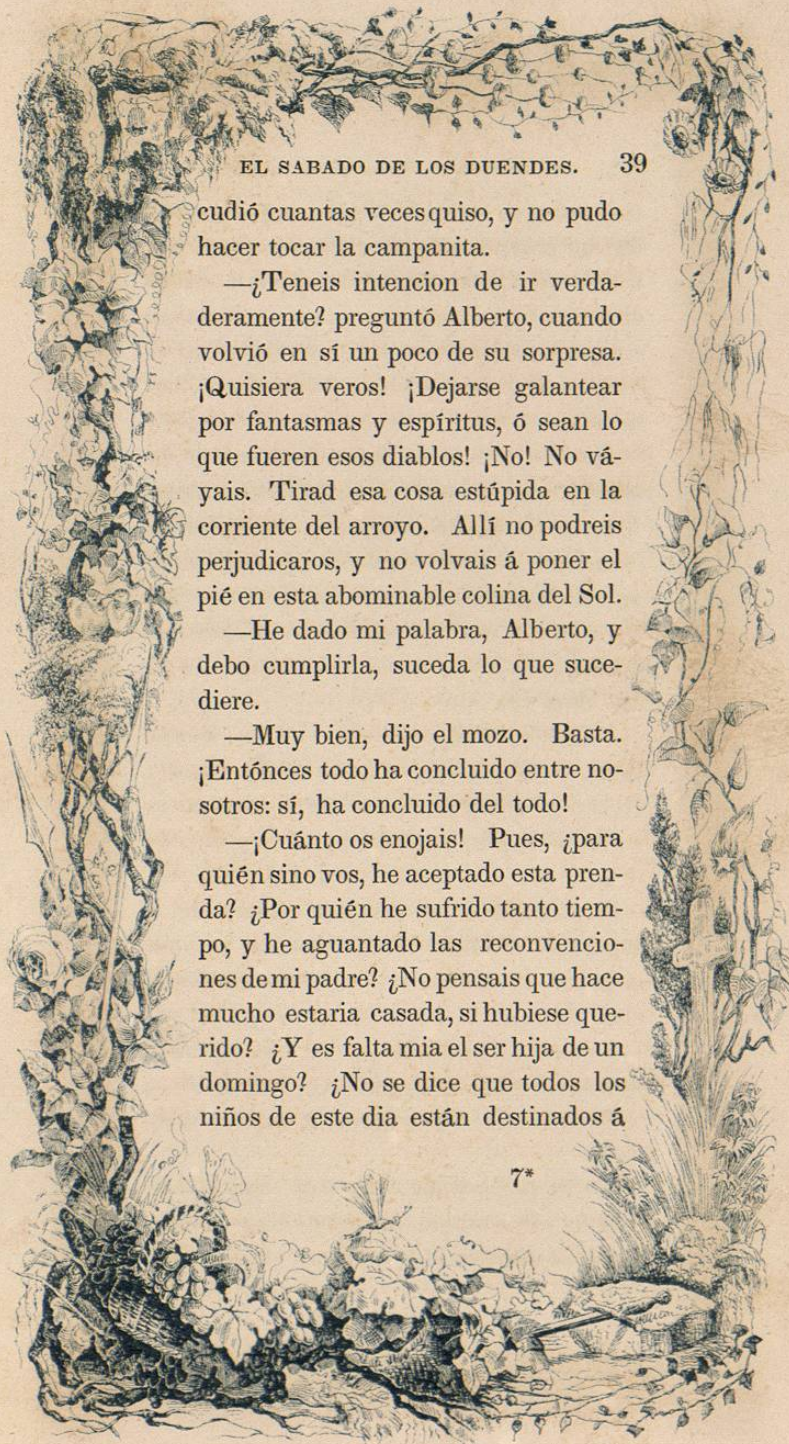
cudió cuantas veces quiso, y no pudo hacer tocar la campanita.

—¿Teneis intencion de ir verdaderamente? preguntó Alberto, cuando volvió en sí un poco de su sorpresa. ¡Quisiera veros! ¡Dejarse galantear por fantasmas y espíritus, ó sean lo que fueren esos diablos! ¡No! No váyais. Tirad esa cosa estúpida en la corriente del arroyo. Allí no podreis perjudicaros, y no volvais á poner el pié en esta abominable colina del Sol.

—He dado mi palabra, Alberto, y debo cumplirla, suceda lo que sucediere.

—Muy bien, dijo el mozo. Basta. ¡Entónces todo ha concluido entre nosotros: sí, ha concluido del todo!

—¡Cuánto os enojais! Pues, ¿para quién sino vos, he aceptado esta prenda? ¿Por quién he sufrido tanto tiempo, y he aguantado las reconvenciones de mi padre? ¿No pensais que hace mucho estaria casada, si hubiese querido? ¿Y es falta mia el ser hija de un domingo? ¿No se dice que todos los niños de este dia están destinados á



una próspera fortuna? Si me impedis guardar mi palabra con ese ente milagroso, y la suerte que tengo decretada se va á disipar entretanto por los cuatro vientos, tendreis que componeros con ese espíritu, y afrontar su cólera, pues yo me lavo las manos en la inocencia.

Matilde comenzó á llorar, besó la hoja de-secada, y se la volvió á esconder en el seno. Alberto no quedó tranquilo. Se habia incomodado por ese encuentro desagradable: un sentimiento de zelo le inquietaba y afligia el alma, sin que pudiese, sin embargo, decir que la jóven carecia de razon. Al fin dijo desalentado:

—Seguid entónces con vuestra locura. Quiero, no obstante, estar cerca de vos, y si el belitre energúmeno se toma algunas libertades impropias, le romperé el pescuezo, aunque por ello debiese perder el mio.

Alberto, por la primera vez en su vida, se separó de Matilde con mal humor, pasando la pobre jóven una mala y desasosegada noche.

—Madre, dijo Matilde pocos dias despues, mientras estaba preparando la comida de su padre, ¿habeis visto alguna vez á un duende?

—¡No lo permita Dios, hija! dijo algo tímida la pobre muger, persignándose. ¿Cómo te ha venido eso á la cabeza? ¿Qué tienes

que hacer con duendes y diablos, enanos y pigmeos? Un buen cristiano no tiene negocios con semejantes cosas aéreas, ó tal vez peores.

—Pues la tia Helena, replicó Matilde, estuvo contando el otro dia historias sorprendentes del *pueblo*, y no se le escapó algo sobre que hubiese motivo para temer algun daño de ellos. Antes les llamó el *Buen Pueblo*.

—¡Hija! añadió sériamente la madre, les llamamos así, para que no nos perjudiquen. Lo mas seguro es, que los dejemos solos enteramente.

—¿Será cierto, madre, que se han enterrado en la colina del Sol, y allí tienen su casa y domicilio? La tia Helena sostiene, que en el silencio de la noche, con el brillo de la luz de la luna, se puede oirlos cantando en admirables tonos.

La madre fijó la vista en Matilde: puso el bocado del anciano en la piedra del hogar, y cogiendo á su hija de la mano, la condujo á la estufa, é hizo sentar en el banco de la familia.

—Escucha, le dijo, y atiende á mis palabras. El buen pueblo, ó los duendes, que es su nombre propio, aunque ellos no quieren que se les llame así, viven verdaderamente en todas las montañas y valles en contorno, aunque pocos tienen el don especial de ver-

los. Raras, rarísimas veces, y solo en casos muy extraordinarios, se dejan mostrar. Cuando lo hacen, es agüero de buena fortuna para el que los mira, y acontece esto, si se acomoda enteramente á sus deseos. Estos ciertamente son con frecuencia tan fuera de uso, cuanto es bastante extraño é incomprensible el mismo pueblo. ¡Gracias á Dios, jamas han pasado por mi sendero! Pero tu madrina Helena tuvo, hace muchísimos años, una aventura curiosa con los duendes.

—¡De veras, madre! ¡La tia Helena ha hablado á los duendes! ¡Os ruego, querida madre, me conteis pronta y cumplidamente toda la historia!

—Primero vete á la cantera, y lleva á tu padre la comida, dijo la madre. Yo procuraré, entre tanto, acordarme de todo lo relativo á eso; y si me prometes no decir una sola palabra á nadie, ni aun á tu madrina, oirás todo cuanto me refirió entonces tu tia.

Matilde, naturalmente, prometió todo, separándose y volviendo tan pronto como le fué posible. No perdió un momento en el camino, ni aun observó las señas que su Alberto le hacia, cuando venia acercándose á ella desde alguna distancia. Solamente pensaba en la historia que le iba á contar su madre.

—¡Ya estoy de vuelta, madre! dijo jadeando. ¡Apuesto á andar ese camino! Diria que los amaestrados correos del rey no lo habrian hecho mejor. Ahora bien, comenzad, querida madre. Os escucharé, como si estuviéseis diciendo misa:

—Segun me acuerdo, prosiguió la madre, el caso de los duendes es uno de los mas singulares. Tu madrina Helena, en verdad, solo me descubrió las principales particularidades; pero son bastantes para darte á entender algo del buen pueblo. Los duendes le dijeron, que cada cincuenta ó cien años tenian una especie de congregacion religiosa, que desde tiempo inmemorial llaman su *Sábado*. Debes saber, hija, que los duendes propiamente son judíos, los mismos antiguos judíos usureros de los tiempos de antaño.

—¡Alabado sea Dios! ¡Judíos! exclamó Matilde, hasta perder casi los sentidos de espanto.

—Sí, sí, judíos y nada mas, repitió la madre ecsaltada, y esta es la razon por qué los duendes en todos tiempos se han entregado tanto á traficar en piedras preciosas, perlas, oro, plata y joyería artificial. Cuando se dan un dia de fiesta, van caminando por el suelo, haciendo regalos á los niños recién nacidos, si son muy hermosos, y entreteniéndose en toda especie de travesuras extravagantes.

Segun tu madrina Helena, la historia de los duendes se reduce á esto: Todo el pueblo y su nombre es *Legion*, que ántes estuvo en el cielo.

—¡En el cielo! exclamó Matilde interrumpiendo á su madre: entónces ¿por qué no permanecieron allí esas necias criaturas? En ninguna otra parte podrian esperar estar mas cómodos y abrigados que en el cielo. ¡Sentados bajo el gorro de pelo de nuestro padre Abraham!

—¡Cómo charlas! dijo la madre riéndole. Si no pones freno á tu lengua, y piensas con mas respeto del buen pueblo, no te volveré á decir una sílaba.

—¡Por favor! ¡Voy á estarme enteramente quieta!

Muy bien, pues. Los duendes estuvieron mucho tiempo hace en el cielo, continuó la madre. Entónces hacian parte de las hueses angelicales; eran gentes particularmente lindas; andaban con vestidos relucientes, y se sentaban á la diestra del Señor. Despues sucedió, que el ángel gefe de todos, habiendo llegado á disgustarse del antiguo órden de los negocios del cielo, promovió el descontento, se confabuló con la mitad de los ángeles, y trató, con su ayuda, de derribar de su brillante trono al antiguo y legitimo Señor de cielo y tierra. Pero aconteció con él lo que con la mayor parte de los rebel-

des, y deberia ser con todos. Nuestro Padre en su gloria venció á Satanás, lo tomó de los cabellos, y lo precipitó de cabeza desde los cielos hasta un abismo de oscuridad, y tras de él, á toda la banda gatuna de sus secuaces. Entre éstos, sin embargo, hubo muchos que dieron oido á sus bellos cuentos, y lo siguieron inadvertidamente, sin ser malos de corazon. Habiéndose arrepentido de su arrojada obra, segun iban cayendo en una oscuridad mas y mas profunda, elevaron una deprecacion de arrepentimiento á su Señor, implorando el perdon; y como Dios vió que no estaban corrompidos hásta la médula, oyó su peticion, y los rescató de las garras de Satanás. Mas como no eran dignos de volver á ser recibidos en el cielo, el Señor los destinó á la tierra, permitiéndoles hacer mansion ó dentro de ella ó sobre las rocas y colinas. Es menester que sepas, que durante la caida resultó un cambio sorprendente en los trasgresores. Conservaron sus formas de luz; pero disminuyeron el tamaño inmensamente. Como no podian llegar á ser hombres, y habian desperdiciado su gloria celestial, el Señor les concedió un campo raso, con facultad hasta el último dia, de hacerse dignos por medio de buenas acciones, de ser admitidos de nuevo en el cielo. Así, tienen su residencia por lo comun en las colinas descubiertas y prados llanos:

solo una vez cada cincuenta ó cien años, la víspera de Pentecostes, se permiten guardar el sábado á su modo. Esto solamente lo pueden hacer colmando á un ser humano, verdaderamente bueno, de las bendiciones de fortuna; pues no mas de este modo pueden esperar expiar á los ojos del cielo su gran ofensa.

—¿Y mi madrina Helena oyó esto de boca del buen pueblo? preguntó Matilde, luego que paró su madre. ¿Fué, pues, ella afortunada?

—No, dijo la madre, Helena no fué feliz, por no haber observado lo que le mandaron los duendes.

—Bien; si alguna de esas criaturas viniera hácia mí, y me dejara alguna órden, me callaria enteramente la boca, y haria pronto lo que quisiese.

—¡Necia charla! dijo la madre regañando. Ofendes al tranquilo pueblo con esa vana habladería, pues los duendes oyen todo lo que profieren los labios humanos.

Matilde se fué á su trabajo, cantando y meditando mucho en la narracion de su tímida madre. Lo que habia oido, la llenó de una curiosidad tan viva, que apenas podia aguardar la víspera de la pascua de Espíritu Santo, aunque tuvo mucho cuidado de que nadie la observase. De cuando en cuando escapaba una mirada hácia su campá-

nula, y trataba de hacerla tocar sacudiéndola; pero no pudo conseguir de ningun modo que sonase la delicada campanita.

Matilde veia acercarse la víspera de Pentecostes con una especie de inquietud temerosa. No era fácil dejar el lecho paterno al caer la noche. La enamorada doncella encontró, sin embargo, una excusa oportuna, que puso á su disposicion algunas horas. Tomó su camino con el gorro de duende en el seno, subió á la verde eminencia de la colina del Sol, que ya estaba alumbrada por la luz de la luna, y sacó de su escondite la prenda que le habia sido confiada. La florecita, como por milagro, se dilató en un instante, luego que fué tocada por los plateados rayos de la luna. Casi espontáneamente comenzó á oscilar en su mano, resonando la campanita de un modo agudo y claro, de suerte, que retumbó por entre el bosque contiguo, en donde respondia melodiosamente un dulce eco.

La voz de Alberto, el cual iba subiendo la colina á grandes trancos, para mirar de cerca la aventura de su amada, llegó á sus oidos. Pero los sentidos de Matilde estaban monopolizados por los duendes, y no dió respuesta alguna á los repetidos llamamientos de aquel. Tenia bastante razon; pues apenas tocó la campanita, cuando comenzó á correr de aquí para allá en la yerba, un

relámpago á manera de culebra reluciente, saliendo de la trémula luz una criaturita escesivamente hermosa, á quien Matilde reconoció luego ser el dueño de la campánula. El hombrecillo estaba vestido á la española. Tenia un justillo de alas de mariposa, azul celeste, sobre el que caia un magnífico collar de encaje tegido de pelusilla. Los delicados piés estaban cubiertos con zapatos transparentes, hechos de gotas de rocío.

Matilde quedó muda y atónita, tanto por la estrema pequeñez del duende, como por su belleza, verdaderamente clásica. La criatura era á su modo, un perfecto Adónis.

—Ahora, tímida mia, ¿has resuelto seguirme? susurró el duende en un tono que le pareció ser como de un armónico. Vuélveme la prenda, pues no hay que perder tiempo.

Matilde devolvió la campánula: el duende la cogió en sus manos de Flora de diáfano alabastro: la movió tres veces al rededor de su deslumbradora cabeza, de tal manera, que la campanita produjo un estruendo por todas las colinas en contorno, poniéndola luego en el suelo. Inmediatamente se dilató, y tomó la forma de una galera, con sus mástiles y entenas, aunque no de tamaño mayor que el disco de la luna, como se ve desde la tierra. Al mismo tiempo la fantasma se colocó en la pequeña embarcacion,

que á cada paso se bamboleaba, y sacó un junquillo con el que la gobernó en el aire.

—Ven, pues, entra, dijo llamando á Matilde.

—¡Cómo! ¡En eso! exclamó la doncella asombrada. ¡Dios te ayude, apenas hay lugar para mis dos piés! Además, se romperá conmigo, como una hoja de amapola, pues creo que se compone de puro aire.

—Escusa tus observaciones, replicó el duende, y entra. Empeño mi palabra de honor, y pierda yo mi esperanza de salvacion, si esta barca de nuestro gefe no puede llevarte en salvo por medio globo terrestre en ménos de un instante.

Puede haber sido que Matilde estuviese bajo el poder misterioso de un encanto, ó que fuese aguijoneada por una curiosidad invencible. Basta: puso los piés en la frágil góndola, que comenzó á estenderse como un globo aereostático, hasta llegar á los hombros de la doncella. La tierra se abrió, y los sentidos de Matilde le iban faltando en la terrible velocidad con que era llevada por entre las entrañas de la tierra. En este preciso momento llegó Alberto á la cumbre de la colina. Solo tuvo el gusto de verlos ir y aun con dificultad, pues le parecia que todo lo que tenia al rededor estaba como sumergido en un cerúleo mar, que resplandecía con